

Literatura de arte en ciencia; y no queriendo morir con su erudición sin antes dejarla como herencia, son los que dan buena fama a la patria, y hacen que México tenga prestigio internacional en las Letras.

Eduardo MUÑUZURI.

Galerías del Colegio Nacional.

El Nacional,

México, D. F., Agosto 14 de 1948.



Biblioteca Central
Magna Solidaridad

LA CORTESÍA Y LAS LETRAS

(Alfonso Reyes: *Cortesía* (1909-1947). Un volumen de 337 páginas. Editorial Cultura. T. G. S. A. México, 1948).

Hablaba el domingo pasado de algunos buenos libros, que había recibido en estos últimos meses, y desde mi balcón sobre el valle, lejos de su grata compañía, quise evocarlos, con una viva gratitud. Sabía de las omisiones forzosas, pero no pensaba en una confusión de títulos. Y me ocurrió nada menos que con una obra muy reciente de Alfonso Reyes, el gran escritor mexicano. *Saludos* llamaba a su libro publicado en 1948, como si quisiera tomar la parte por el todo. El título es: *Cortesía*, y desde luego el que yo había inventado es una de sus claras formas. En la vastísima bibliografía de Reyes, enriquecida en estos últimos años con libros de intimidad literaria del más vario linaje, no desespere de ver algún día ese título de *Saludos*.

Son poesías breves, sin más unidad que la que impone su mismo título de *Cortesía*, y en ocasiones con un pequeño comentario en prosa. Recoge el autor versos ajenos, a veces inéditos. "Ellos darán a este libro todo su valor" dice en una nota inexacta en la página preliminar. Un poeta del siglo XIII, el autor de *Razón de amor*, le da uno de los epígrafes del libro:

Moró mucho en Lombardía
para aprender cortesía.

Lope de Vega le da el otro:

Sabed por cosa cierta que ha venido
la curiosa princesa Cortesía.

En siete capítulos se divide el libro: en México, (1909-1917); en España y en México (1915-1924); en Francia (1925-27); por el Plata

(1927-1930); Brasil (1931-1934); México, Río y el Plata (1935-1937) México, Río y México (1908-1947).

Es la poesía de la anécdota, de lo fugaz, de lo aparentemente efímero de la vida. "Hoy se ha perdido la buena costumbre, tan conveniente en la higiene mental, de tomar en serio —o mejor, en broma— los versos sociales de álbum, de "cortesía", nos dice el autor en la página explicativa encabezada así: "Amigo mío". Añade después: "Desde ahora te digo que quien sólo canta en do de pecho no sabe cantar, que quien sólo trata en versos para las cosas sublimes no vive la verdadera vida de la poesía y las letras, sino que las lleva postizas como adorno para las fiestas". Pero la confesión verdadera viene después: "Haz cuenta simplemente que queremos recopilar papeles biográficos y juntar memorias. Haz cuenta que charlamos un rato y ponte cómodo".

Si, este libro de muy grata lectura tiene un sentido de intimidad, de memoria. Comienza en los días de la precoz iniciación literaria, cuando Reyes escribía su ensayo sobre las *Tres Electras* que recogía después en *Cuestiones estéticas*, su primer libro, que lleva un fervoroso prólogo de Don Francisco García Calderón, el insigne maestro peruano. Encontró en estas primeras páginas la presencia de Pedro y de Max Henríquez Ureña, compañeros de Alfonso en los días del Ateneo de la Juventud (Pedro, el maestro de la filología y, del ensayismo creador, fué una honda influencia en Reyes: en *Grata compañía* la ha recordado el escritor, Max, el traductor y comentarista de *Los Trofeos* de Heredia, para citar una sola de sus grandes empresas literarias, acaba de llegar a La Habana, en donde desarrolló una admirable labor hace algunos años que continuó después en Santiago de Cuba. En sus días de forzoso retraimiento, por una dolencia de la que sus buenos amigos esperamos verle completamente restablecido muy en breve, le será grato recordar unos versos suyos, posiblemente de 1910, cuyo original quizá no conserve).

Max abre los recuerdos. Escribe a Alfonso desde Guadalajara.

Ha recibido una carta de su amigo en la que se le dice que el poeta Orozco ha emprendido una novela: *Pro patria*. Le envía un soneto, que dice así en los tercetos:

Y te escribo mis íntimas saudades
a Monterrey, sultana de ciudades,
donde el genial Orozco muy despacio
(dejando de cantar a Tirsi y Clori)
escribe una novela. Aquí de Horacio
Dulce et decorum est pro patria mori.

Pedro —ya había publicado sus *Horas de estudios*, que había consagrado Menéndez y Pelayo con una de sus postreras cartas críticas; en La Habana, en 1905, había aparecido su primer libro de *Ensayos*, con notas reveladoras de su saber caudaloso y de su penetración— dedica una *Imitación d'annunziana* "a Alfonso Reyes, orilla del Lago de Chapala, enviándoles una ofrecida disertación platónica". Eran aquellos tiempos en que los Henríquez Ureña, Reyes y otros amigos leían a Platón y lo comentaban hasta las horas de la madrugada. Hay un sabor de finas humanidades en el delicioso soneto:

Quando en mi humilde casa, huésped caro,
te torne a ver, si Cronos es propicio,
verás como el mudado maleficio
ahuyenta de mi espíritu, con raro
sutil influjo y paternal amparo,
el sereno Platón. Tú, que el bullicio
urbano esquivas (¡rústico Salicio
anhelas ser!) y bajo el cielo claro,
junto a la clara onda, plena aspiras
la paz rural, ¿presientes, manso y quieto,
este *hortus deliciarum* de la idea?
Dime, ¿sorprendes música de liras,
de lago y frondas en el gran secreto?
Va el tributo amistoso: ¡grato sea!

Junto a versos de suave humor —Album de ama de casa— encuentro los de Anciano triste, que se me antoja una evocación muy íntima:

Anidada de pájaros
la barba tormentosa,

lo oí llorar, gigante sacudido,
Y el viento hecho palabras
gemía entre el copioso
árbol de aliento de su corazón.

Pero se acerca el momento de decir adiós a la patria. Alfonso Reyes ha ingresado en la diplomacia. Va de secretario de la Legación de México en Francia.

Hay homenajes de despedida, de buenos augurios. El poeta Francisco González-Guerrero escribe su *Adiós a Alfonso Reyes*, cuyas estrofas finales nos dicen:

Sigue después, romero —la lámpara tendida—
deshilando las sombras que escapullan lo arcano,
y bajo de las frondas próceres de la vida
reposa, al bello instante, del soñar cotidiano.

Y será tu vida una suave y sola sonrisa
y el esfuerzo, de tu sabia vida ornamento...
Pasará por tu alma un hálito de brisa,
y por tu frente un vasto temblor de pensamiento.

Pero no fue la vida para el mexicano universal "una suave y sola sonrisa". Nunca dejó su espíritu de sonreír en la cotidiana, inflexible tarea. Yo le conocí en aquellos días, que traté de recordar en una *Evocación de Alfonso Reyes*, perdida en mis *Ensayos sentimentales*.

Vivíamos los dos en una casa sin estilo del nuevo Madrid (la *casa de hielo*) desde cuyos balcones se veía, primero unos campos de tennis, luego, la Plaza de Salamanca, en la que está colocada la primera piedra del monumento a Bolívar (no sé si llegó a ponerse la última), y después la Sierra de Guadarrama, la misma que vemos en los fondos de los retratos ecuestres de Velázquez.

Estos días tienen una representación muy breve en el último libro de Alfonso Reyes. Dilatada y profunda, en cambio, en su obra: *Cartones de Madrid, Visperas de España*, son títulos que nos hablan de estos días de heroica y silenciosa labor. De ellos, al través

de *Cortesía*, y quizá de nuestros recuerdos, hablaremos en un próximo artículo.

José María CHACÓN Y CALVO.

Diario de la Marina,

La Habana, Agosto 22 de 1948.

Alfonso Reyes: *Cortesía* (1909-1947). Un volumen de 337 páginas. Editorial Cultura. T. G. S. A. México, 1948).

II

La primera huella de Madrid en *Cortesía* es de 1915. Esa fecha tienen los *Pregones madrileños*, con los que Alfonso Reyes, en medio de muy difíciles circunstancias, atestiguaba su inagotable buen humor. Dejó México el escritor para incorporarse a la carrera diplomática. En el verano de 1914 le sorprende en París la primera gran guerra de nuestro siglo. No mucho después un cambio de gobierno en México, en el largo ciclo revolucionario abierto a la caída de Don Porfirio, le deja fuera de la diplomacia, a la que volvería años después y en la que prestaría eminentes servicios a la patria. Su primera etapa diplomática fué breve. Llegó a Madrid y comenzó en seguida a colaborar en el Centro de Estudios Históricos. En la erudición hispánica su nombre gozaba ya entonces de altísimo prestigio; Foulché-Delbosc, el Director de la Revue Hispanique, de renombre universal como hispanista, lo consideraba como uno de los más sutiles conocedores de Góngora. Reyes colabora en la célebre edición del poeta de las *Soledades*, debida al erudito francés.

Pero la erudición no era lo sustantivo en Reyes: lo era, en cambio, el ensayismo creador, la fecunda divagación poética. En las empresas más severas de Reyes sorprende su sentido del humor, su aguda visión de las realidades concretas, inmediatas. Una vez encontramos en Valladolid, ciudad que conocíamos entonces por primera vez, a un profesor muy docto, que le estaba profundamente

reconocido por un artículo que Reyes le había dedicado en su página semanal de *El Sol*, y para expresarle su gratitud se creyó obligado a exponerle en unas horas su variado caudal erudito, con una ostentación agresiva de su recóndita sabiduría: en la noche, recuperada la libertad, me habló mi amigo de que necesitábamos un paseo profundo por la naturaleza, por las grandes avenidas junto al Pisuerga, para conjurar los peligros de una erudición vana y estéril.

En estos *Pregones madrileños* palpita este espíritu:

Vendo unas anotaciones
A las obras de Cervantes
que, si tan ociosas antes,
son tan inútiles hoy.
¡Y a cala las doy!
De Juan Ruiz el Arcipreste
traigo unos comentadores
que vienen pidiendo guerra:
más agrestes que el agreste
requesón de Miraflores
de la Sierra.

Concluyen los *Pregones* con este divertimento académico:

Traigo un serón hasta el tope
de picones—cotarelos
para no decir blasfemias,
y es que ofrezco buen arrope,
pepitorias y buñuelos
de Academias.

El segundo verso de este pregón alude al delicioso novelista de *Dulce y Sabrosa*, Don Jacinto Octavio Picón, que en aquellos años era bibliotecario de la Real Academia Española, y al eruditísimo Don Emilio Cotarelo y Mori, que fué Secretario perpetuo de la Institución que *limpia, fija y da esplendor*.

En la verbena de San Juan conocí personalmente a Alfonso Reyes. Fué mi primera llegada a Madrid. Me esperaba en la estación de Atocha; yo venía de Cataluña (había desembarcado en Barcelona unos diez días antes) y de Aragón, y había pasado toda la noche

en un viejo coche de primera. Como era de rigor en aquel tiempo, el tren llegó con varias horas de retraso. Ya se sentía un poco el verano de Madrid. Alfonso Reyes, que había madrugado sin necesidad, no parecía contrariado por las horas de espera en aquella mañana de un domingo, que habitualmente dedicaba al maravilloso Museo del Prado.

Pude comprender en seguida que la humanidad caudalosa de Reyes, su cordialidad, su comprensión generosa estaban a la misma altura que su obra literaria. Si *Cortesía* no estuviera tan parcamente ilustrada, no creo que Reyes hubiera omitido un dibujo suyo alusivo a mi llegada a Madrid, en el que se ve en un primer plano un equipaje heterogéneo, en el que se distingue un cesto de mimbre, con una leyenda que dice "recuerdos personales". Lo recibía al día siguiente y me emocionaba ver cómo había interpretado mi amigo, en un dibujo, no exento de humorismo, lo que había de desgarramiento, más aún que de honda melancolía en esa maletilla de cierre difícil, con los íntimos y personales recuerdos.

Alfonso Reyes en ese año de 1918, como en los anteriores desde su llegada a España, tenía diez y doce horas diarias de trabajo. La mañana la pasaba generalmente en la sala de Manuscritos o en la de Raros en la Biblioteca Nacional, las tardes, en el Centro de Estudios Históricos, la noche, a veces hasta una hora avanzada de la madrugada, a la infatigable labor personal: su página de *El Sol* —era semanal— sus compromisos editoriales con Calleja, primero, luego con Calpe, y nunca faltaba en este programa riguroso el tributo a lo más dilecto para el escritor: la poesía, el ensayo...

Cuando llegó en esta vida colmada la hora del recuento, de la obra realizada, se ve que la etapa de Madrid fue de las más hondamente activas. Quizá no dé menos de veinte y tantos libros. Y las fechas que acompañan a este capítulo de *Cortesía* son éstas: 1915-1924.

De 1918 es el episodio del espadín. Amado Nervo, el gran poeta, cuya obra completa ha editado y comentado Reyes, su íntimo

amigo, era en los comienzos de 1918 Primer Secretario de la entonces Legación de México en Madrid. Como ya dijimos Alfonso estaba excedente como diplomático. El día 18 de enero del año citado, el autor de *Serenidad* le escribe a su amigo y le dice: “¿Querría Ud. vender a un compañero su vencedora espada o estoque diplomático?” (El cuerpo diplomático de México usaba entonces uniformes: se suprime en 1921). “Creo —continuaba Nervo— que no le servirá más que de estorbo, y cuando vuelva a la carrera lo podrá comprar en cualquier parte. No es para mí, pues yo tengo completo mi uniforme. Pero al Ministro, Don Eliseo Arredondo le haría un favor pagándole al precio que le hubiera costado, (condición absolutamente indispensable), pues no es prenda que pueda desmerecer, sino al contrario, por ser usted quien la ha llevado”. Luego el ligero toque de buen humor: “Si tuviese usted algún día alguna cuestión personal, yo le prestaría el mío”.

A la misiva del poeta contestó Reyes con un *romance heroico*. No valen extractos aquí: estos versos reflejan el buen humor inagotable de quien sabía de la lucha amarga y áspera, de quien se veía aherrojado por la más dura y estrecha realidad. He aquí el ingenioso romance:

No se han de tratar en prosa
los conciertos de la espada,
que solo al romance heroico
la tengo yo acostumbrada.

Dígame tú, Amado Nervo,
si hay quien se atreve a compralla,
a cuánto la he de vender
y dónde debo entregalla.
No está vieja ni mohosa,
que vive muy descansada,
como que ha cinco años
en un rincón guardaba.

No sé lo que me costó
ni a cuánto debo cobralla,
más sé que por cien pesetas
otra mejor no se halla.
Si conviene, trato hecho,
y que manden a buscalla,

que me hace a mí mucha sobra
y a él le hace mucha falta.
Yo le quedo agradecido,
y en buenas manos mi espada:
que la sepan esgrimir
como el Ministro Mudarra.

(Unos rengloncitos más,
como insinuante postdata:
Tengo todo el uniforme
¡por si hay quien tenga mi talla!)

En enero, y en Madrid,
—de gatos por doble causa—
en la calle de Pardiñas,
y fecha en ésta su casa.

Nervo respondió:

A Alfonso Reyes:

Mi querido Alfonso Reyes,

mi ilustre Reyes Alfonso:
Ha calentado mi sangre
tu altivo romance heroico,
de tal modo y tal manera,
de tal manera y tal modo,
que “el delgado papel rasgo”
donde la Waterman pongo!

Vive Dios, que ese tu acero,
limpio de paja y de polvo,
lo esgrimirá sólo mano
de la que digan los pósteros:
“¡No lo sacó sin razón,
ni sin honor envainolo!”

En Madrid a veintitrés
de enero: San Ildefonso,
de Su Majestad el Rey
de España excelso patrono.

Dios te guarde, Alfonso Reyes,
a quien quitando el “es” solo,
puede sin mengua decirse:
¡Dios te guarde, Rey Alfonso!

Postdata trivial: adjuntas
van cien pesetas (bien poco
para tan invicta espada
y paladín tan glorioso).
Puede, a Villanueva 4,
mandar el acero indómito.